

CONVERSACIONES SOBRE GEOGRAFÍA DE COLOMBIA

EL DEPARTAMENTO DE CALDAS, (CONCLUSIÓN)

Por: **MANUEL JOSÉ FORERO.**

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 1, Volumen XII
Primer Trimestre de 1954*



demás de Manizales, el Departamento de Caldas señala en 1953 como centros de actividad a otras ciudades cuyos nombres van a ser consignados en estas páginas de orientación geográfica.

Pereira figuraba con 60.492 habitantes en el censo de 1938 y pasó a figurar con 107.557 en el verificado el 9 de mayo de 1951. La simple comparación de las dos cantidades resulta suficiente para advertir el crecimiento de la *ciudad-milagro*, según es llamada por sus hijos. En 1905 su población era de 19.032 habitantes, cuando fue erigida como capital de la Provincia de Robledo. Su fundación data del año 1863, aunque el caserío incipiente arranca de lustros anteriores.

Los antecedentes de Pereira son los mismos del mayor número de las ciudades recientes del país. Hombres de trabajo agrícola fundaron estancias prósperas en la excelente planicie bordeada por las aguas del río Otún. Tales estancias enriquecieron a sus dueños y cultivadores, pues la tierra agradecida multiplicaba sus esfuerzos cotidianos. Un eclesiástico de nombre Remigio A. Cañarte, colaboró eficazmente con los primeros pereiranos en el sentido de fundar la población que habría de ocupar posición tan distinguida en el concurso de los haberes del Departamento de Caldas.

La tradición asigna a Pereira el mismo sitio en que Jorge Robledo, conquistador y mariscal de campo, fundó la ciudad de Cartago. Bien sabemos que las acechanzas de los aborígenes hicieron difícil la subsistencia de los españoles en algunos lugares, y llegaron a tornar imposible la vida de los colonos en muchas ocasiones. Indígenas habituados a vivir como señores y dueños, a la sombra de las altas montañas, no podían mirar con ojos tranquilos a quienes llegaban a disputarles el predominio y la soberanía. Muchas poblaciones españolas en América perecieron a manos de los indios, al tiempo que los habitantes sufrían tormentos y muerte lejos de la tierra de sus padres y del hogar de sus esposas.

La vinculación de los vecinos de la actual ciudad de Pereira con los recuerdos de las expediciones del mariscal Jorge Robledo no padece disminución, a pesar de las circunstancias de su vertiginoso desenvolvimiento. El recuerdo de Robledo está presente en la memoria de los hombres sosegados que mantienen en Pereira el abolengo y la fidelidad al pasado. Ojalá hubiese mayor persistencia, desde luego, en la enseñanza de tradiciones que son tan sustanciales e importantes para las gentes de las naciones cultas; pues no basta haber tenido antepasados ilustres para ser digno de ellos, sino que es indispensable conocerlos con solidez y estimarlos como resultado de aquel conocimiento.

Pereira ocupa una planicie agradable a orillas del Otún, río que tiene las cualidades necesarias para servir a los pobladores de la ciudad en forma adecuada. Sobre la llanura fácil encontraron asiento cómodo los colonizadores de cuyo esfuerzo procede la ciudad de Pereira. En este caso los primeros vecinos fueron favorecidos por la naturaleza física, pues no tuvieron que luchar contra los obstáculos que las rugosidades del terreno oponen al amable desarrollo de la vida diaria. Los pereiranos han logrado centuplicar las ventajas topográficas, debido a la paciente consagración de que han dado muestras inagotables. La tierra de Pereira es fecunda, sus condiciones ventajosas, su clima apetecible y sano. La temperatura media es de 21 grados centígrados; y su altura sobre el nivel marino de 1.467 metros.

Por la favorable posición de la planicie vino a ser Pereira lugar de confluencia y de distribución. Caminos amplios llegan a la ciudad o parten de ella, de tal suerte que la riqueza de muchos lugares circundantes deja en Pereira comodidad y beneficio.

Pereira ha edificado casas espléndidas para alojamiento de las autoridades y educación de los hijos de la ciudad y de las poblaciones menores de la comarca. A Pereira han acudido los niños y jóvenes del territorio circundante, pues la presencia de virtuosos maestros ha dado justa fama a sus

institutos de cultura media. No hemos de citar nombres, al referimos a este punto de la descripción de Pereira, puesto que la naturaleza general de estas ojeadas de geografía patria no lo permiten; pero sí es lícito elogiarlos pues en ellos está el porvenir culto de muchos colombianos del día de mañana.

Adelantos materiales que no tienen muchas ciudades de calidad en el occidente del país, han dado a Pereira singular renombre. Es cosa notable el entusiasmo con que los pereiranos adoptan aquellas medidas de progreso que permiten a la sociedad de todos vivir mejor y más agradablemente. El servicio de teléfonos, los de radiodifusión, el tranvía eléctrico, y la presencia de numerosos templos y lugares de esparcimiento, han señalado a Pereira como sitio de generosos bienes.

Armenia también alcanza uno de los primeros lugares en el conjunto de las poblaciones mayores del Departamento de Caldas. El caserío primero fue colocado por los hombres sencillos y laboriosos de 1889, en región de la Hoya del Quindío no tan apacible por su topografía como excelente por la riqueza de la tierra fértil. Armenia nació hace muy pocos años, creció como resultado de las idas y venidas de viajeros diligentes, tuvo perspectivas mayores cuando la muchedumbre de las casas permitió a los afanosos comerciantes del Oriente y del Occidente de Colombia establecerse con probabilidades sumas de buen éxito, y se hizo patente como sitio de confluencia cuando el desarrollo de ciertas vías de comunicación la colmó de ventajas para la industria.

Si el pertenecer a la Hoya del Quindío hubiera hecho de Armenia una ciudad importante, el verse constituida como cabeza de las poblaciones vitales del nudo colombiano en la cordillera, determinó su prestigio increíble. Edificios cada vez más importantes y valiosos fueron agregándose a los primeros que levantó la mano de los colonizadores más diligentes, y haciendas cada vez más valiosas se juntaron a las granjas de los días iniciales. Puesto que la agricultura y la ganadería eran actividades conocidas por los vecinos de Armenia, desde los tiempos de su niñez, estos dos renglones estupendos de la riqueza privada y pública fueron objeto de su cuidado y su faena.

Armenia es, en los actuales días del país, una de las ciudades de mayores posibilidades en él. Capitales considerables fueron formados como resultado del esfuerzo de muchos hombres de trabajo, a quienes entusiasmó la idea de aposentarse en regiones vírgenes del territorio nacional. Armenia atrajo a comerciantes colombianos y extranjeros, con atracción vigorosa. Las calles se hicieron más extensas a medida que las familias colonizadoras se multiplicaron, y en proporción a la multitud de las industrias pequeñas que establecieron aquellas. Con celeridad pasmosa fueron

erigidas habitaciones nuevas, a comienzos de este siglo, pero de ellas ninguna queda en pie puesto que el progreso las reemplazó con ventaja. Armenia es hoy núcleo comercial de tan poderosas proyecciones como no lo soñaron jamás los fundadores de ella, en 1889.

Como resultado de la formación de una sociedad culta, Armenia se enorgullece ahora de ser sede episcopal. Las necesidades espirituales y morales requieren atención cuidadosa de parte de los gobernantes de la cristiandad, puesto que sin el fondo virtuoso vienen a resultar inútiles el progreso material y el acrecentamiento de los bienes visibles del hombre. La Santa Sede resolvió, recientemente, dotar a Armenia de un Obispo que fuese pastor supremo de quienes aspiran —por igual— a la adquisición de los recursos de la vida y de los dones del espíritu.

Resulta grato hablar de estas cosas colombianas cuando ellas muestran la potencialidad verdadera del país. El cual no necesita de esfuerzos infinitos para adelantar en el camino del futuro, puesto que le basta explotar con mano recta y diligente los recursos que le otorgó la Providencia. Ciudades como Pereira y Armenia, como Salamina y Calarcá, son testimonio de aprovechamiento y habilidad humana, frente a las posibilidades de la naturaleza prometedora.

Armenia está situada a 1.551 metros de altura y tiene una temperatura de 20 grados. En el año de 1938 el censo municipal dio la cifra de 50.838 habitantes; en 1951 fueron contados sus pobladores, y resultaron 78.528. Armenia seguirá progresando sin reticencias, en cuanto se multipliquen sus casas de oración y de cultura, en medio del afán material, del ruido vertiginoso, del bullicio de las industrias, del acelerado movimiento de las máquinas y de las multitudes.

Salamina es otra de las ciudades importantes del Departamento de Caldas. A principios del siglo actual figuraba como capital de la Provincia de Aránzazu. 1822 metros de altura sobre el nivel marino, y temperatura de 20 grados, fueron los elementos naturales de ella. Salamina sobrepujó a las poblaciones que la enmarcaron dentro del territorio caldense, a saber, Aguadas, Pácora y Aránzazu, puesto que los recursos sociales determinaron su mayor y más sólido prestigio. Salamina es centró agrícola y ganadero del Departamento de Caldas, sin que dejen de ser notables en ella la presencia de institutos de educación dedicados a formar buenos cristianos y buenos colombianos. Como se observa en el mayor número de las ciudades caldenses, la fisonomía campesina y buena hizo de Salamina un centro distinguido, puesto que los campos mejoran a los hombres, los mantienen en posición sencilla y cordial, los hacen mejor dispuestos y más generosos. Hoy cuenta Salamina con una población de 30.341 habitantes, lo que señala su prosperidad, puesto que en la primera década de éste siglo sostenía apenas a 14.000 y en 1.938 solamente a 26.000. La sociedad

de Salamina, finalmente, se gloria de sus títulos y de sus orgullosos blasones, los cuales no se fundan en la vanidad de los días remotos sino en la firmeza de sus virtudes actuales. La sociedad de las mejores ciudades de Colombia tiene el deber estrecho de mantener las tradiciones sin cuyo brillo es imposible la magnificencia de los espíritus.

Calarcá forma, con Armenia, un conjunto humano y topográfico. Desde el camino, los ojos de los viajeros advierten la huella de los colonizadores urgentes y fuertes, en estas dos ciudades. Calarcá lleva ese nombre, en memoria de uno de los capitanes aborígenes señalados en los tiempos de la conquista. De esta suerte, mientras Manizales se distingue con esa denominación, a causa de uno de sus recursos agrícolas, y Armenia se ve señalada con un nombre extraño a la vida americana, Calarcá evoca los títulos de valor y recio carácter de un empenachado señor de los aborígenes del Quindío. Ha sido tan asombroso el crecimiento de Calarcá, en los últimos años, como lo dicen los datos siguientes: en 1938 contaba con 36.000 habitantes, y en 1951 con 70.000.

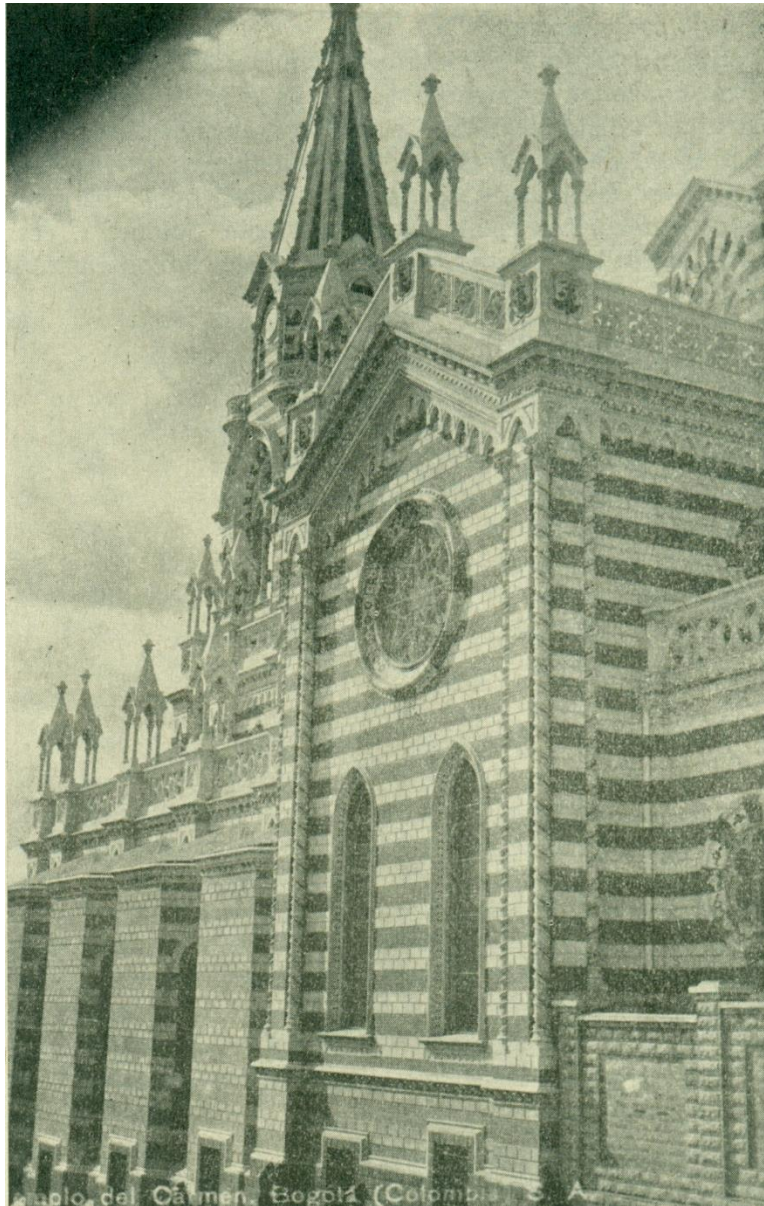
Desde luego, la industria cafetera y el comercio subsiguiente han logrado reunir en Calarcá y Armenia a muchísimas gentes laboriosas. Entre una y otra ciudad existe una emulación que será sana siempre, a menos que la desvirtúen elementos inferiores. La naturaleza unió a Armenia y a Calarcá para el presente y para el porvenir, y sus hijos no han de ser ajenos a esa disposición providencial. Caben ambas ciudades en el regazo del territorio caldense, como partes esenciales de su vitalidad y de su contextura. La prosperidad de Armenia, como la de Calarcá, son factores de una gran suma favorable a Colombia.

Calarcá está situada a 1619 metros de altura, y tiene una temperatura de 19 grados centígrados.

La ciudad antigua de Riosucio, en el norte de Caldas, figura en los anales de la región como antecedente necesario de la prosperidad alcanzada en los diez lustros del siglo actual. Riosucio es una población caracterizada por la blandura de su modo de ser y por el mantenimiento de viejas industrias menores. La actividad comercial ha crecido tanto, que ha hecho insuficientes las casas tradicionalmente conocidas, y los edificios que en otro tiempo se creyeron bastantes. Riosucio tenía en 1938, 28.000 habitantes, mientras que en 1951 alcanzó a 46.000.

Falta registrar, en breve ojeada, los nombres de otras poblaciones mayores y menores del territorio caldense. Ellas son: Aguadas, Apia y Belalcázar; Circasia, Génova y La Dorada; Manzanares, Marsella y Mocatán; Montenegro, Neira y Pácora; Pensilvania, Pijao y Quimbaya; Risaralda, Quinchía y Samaná; Santa Rosa y Santuario.

Una mirada que pudiéramos llamar noblemente colombiana, no ha de ser desdeñosa jamás para las aldeas que mantienen la tradicional fisonomía del país, aunque vivan una vida humilde y sencilla, lejana de los esplendores de las ciudades mercantiles, confusas o cortesananas. Donde haya un grupo de buenos ciudadanos colombianos, allí está Colombia, con sus fuertes virtudes y con sus posibilidades incontrastables y buenas.



Templo del Carmen, Bogotá, Colombia.





Glorieta de San Diego, Bogotá, Colombia.



En el paisaje severo las palmas ponen un toque de majestad natural.

(Foto de Mario Ruiz)

